

juicio de bajar de vez en cuando á la laura para confortar á sus hermanos.

La fama de este gran siervo de Dios no tardó en extenderse por todo el orbe cristiano: el emperador Constantino Porfirogeneta le escribía á menudo consultándole sobre asuntos de importancia, y siempre se arrepintió de no haber seguido sus consejos. Otros reyes, papas y obispos le escribieron igualmente; mas él, siempre modesto y humilde, se consideraba el ínfimo de los hombres y el servidor de todos. Para con los pobres era tal su afecto, que les daba cuanto tenia, incluso su alimento y sus vestidos, y una vez llegó á quererse vender como esclavo para favorecer á algunos necesitados. Sintiendo acercarse su hora postrera, dictó reglas para los religiosos á quienes dirigia; luego, dejando su celda, pasó á la laura rogando que celebraran la misa mas pronto de lo acostumbrado; en seguida se acostó, y habiéndole entrado calentura, aguardó la muerte con aquella calma que inspira una vida santa, y hasta el postrer aliento ese grande expiador de los pecados de su siglo no cesó de orar y de estimular á sus discípulos á la penitencia, yendo por fin el dia 15 de diciembre del año 956 á recibir en el cielo el premio de sus heroicas virtudes.

*Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber situado la virtud lo mismo en el trono de los reyes que en la choza de los pobres, dándonos con ello á entender que ningún estado es óbice para ganar el cielo; hacednos la gracia de que vivamos como buenos cristianos en nuestra respectiva posicion.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *procuraré desempeñar cristianamente mis obligaciones.*

LECCION XXXV.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO.

(SIGLO IX).

La Iglesia consolada: reparacion del escándalo en las Órdenes monásticas de Alemania; san Brunon, arzobispo de Colonia; san Guillermo, abad de Hirsau. — Reparacion del escándalo generalmente en todo el orden eclesiástico: san Pedro Damian, san Gregorio VII.

Una de las grandes plagas de la Iglesia en el siglo x, la relajacion escandalosa del orden monástico, quedaba ya curada en Francia, en Inglaterra y en la mayor parte de Europa; faltaba solo la Alemania, que por cierto no necesitaba menos de correctivo, y al intento Dios suscitó dos grandes Santos para que restauraran la virtud en los monasterios y entre el clero de aquellas dilatadas provincias.

Fué el primero san Brunon, arzobispo de Maguncia y hermano del emperador Oton: desde su infancia dió muestras de lo que habia de ser con el tiempo, pues las menores irreverencias en el servicio de Dios inflamaban su celo, y un dia durante la misa, viendo á su hermano el príncipe Enrique que hablaba con Conrado duque de Lorena, les amenazó con la ira del cielo. Concluidos con brillantez sus estudios en Utrecht, volvió á la corte, en la cual solo halló estímulos para la piedad, siendo una escuela de virtudes reales y cristianas. Por un lado santa Matilde, madre del Emperador, por otro el mismo Oton y su esposa Adelaida, eran, segun la regularidad de su conducta, modelos elocuentes de religion y de piedad para los cortesanos que les rodeaban; por cuyo medio Dios, á medida que el escándalo acrecia, proporcionaba á la Iglesia notables ejemplos de virtud, que fueron su consuelo en tan amarga coyuntura. Brunon, promovido al arzobispado de Colonia, consagróse con desvelo al restablecimiento de la buena semilla en Alemania, prevaleiéndose de su autoridad para erigir piadosos establecimientos, proteger á los débiles, asistir á los pobres, espantar á los malos y alentar á

los hombres de bien. Construyó ó restauró infinitas iglesias y monasterios, y la Alemania volvió á ser en breve una de las edificantes porciones de la Iglesia católica.

Al mismo tiempo que san Brunon trabajaba con tal éxito en reformar abusos entre eclesiásticos y fieles, san Guillermo, abad de Hirsauga, restituía al orden monástico su primitivo esplendor. La abadía de este nombre, en la diócesis de Spira, era una de las mas afamadas y magnificas de la Orden de san Benito; mas por desgracia el desarreglo habia invadido este asilo destinado á la virtud. San Guillermo, nombrado superior de él, puso todo ahinco en extirpar sus escándalos, y por primera diligencia envió á Cluny algunos de sus monjes para que estudiaran las costumbres de aquella casa modelo; cuando volvieron bien impuestos, junto á los notables, y despues de examinadas con ellos dichas costumbres y oido el relato de los enviados, adoptólas, retocando aquello que no podia convenir á las usanzas del país, al clima ni á las circunstancias de localidad, componiendo con ellas una nueva coleccion, por la que se reformó no solo la abadía de Hirsauga, sino todas las restantes de Alemania.

Pasaban estos religiosos noche y dia cantando alabanzas de Dios, orando, meditando y profundizando la sagrada Escritura, ó bien empleándose en trabajos manuales los que no eran aptos para los mentales; y persuadido el santo Abad de que la leccion de los sagrados Libros es el verdadero pasto del alma, estableció doce escribientes para que transcribieran el Antiguo y el Nuevo Testamento á la par que las obras de los santos Padres, y otros en mayor número para copiar libros sobre diferentes materias, presididos todos por un religioso de los mas instruidos, el cual dirigia y corregia sus trabajos. De este modo unos sabios y humildes religiosos, ignorados del mundo, al mismo tiempo que sacaban fruto de sus vigiliass, transcribieron gran número de obras, las que san Guillermo enviaba á los monasterios reformados ó establecidos por él.

La corporacion se componia de ciento cincuenta miembros; además habia una seccion de hermanos conversos para trabajos de fatiga y para proveer á las necesidades de los pendolistas y literatos, entre los que se contaban diestros artífices en todas facultades, arquitectos, albañiles, carpinteros, escultores, herreros, sastres, correjeros, zapateros, etc., etc., los cuales fueron muy útiles al buen Abad, pues de sus manos salieron todas las nuevas construcciones de

Hirsauga y de las demás casas que fundó. Para ellos habia tambien reglamentos proporcionados á sus tareas, y que regulaban su tiempo de una manera no menos saludable á su espíritu que á su cuerpo: de noche juntábanse en la iglesia á cantar Maitines, que eran cortos en atencion á los trabajos que les esperaban durante el dia; despues de lo cual podian aun volverse á descansar; pero los mas permanecian en el coro hasta concluir sus hermanos. Á la mañanita oian misa, y reunidos en capitulo se confesaban, comulgando por mitad cada domingo, y en total en las grandes festividades, salvo aquellos que partian por muchos dias á las labores del campo, los cuales comulgaban á su partida.

Tal fué el régimen que san Guillermo introdujo en su abadía y en mas de noventa monasterios que reformó ó estableció; tantos asilos de saber y de virtud, de los cuales salieron ilustres preladoss, lumbreras de la Iglesia y apóstoles de sus respectivas diócesis. Finalmente, despues de gobernar nuestro Abad la abadía de Hirsauga por espacio de veinte y dos años, granjeándose merecidamente el título de *restaurador de la disciplina monástica de Alemania*, fué á gozar en el cielo el condigno premio de sus trabajos.

Hé aquí para siempre reducido el orden monástico á su espíritu primitivo, vencido el demonio, y curada la Iglesia de sus primeras llagas. Otra quedaba aun quizás mas profunda y mas difícil de cicatrizar: tambien el clero secular habia olvidado la santidad de su vocacion; nefandos vicios mancillaban el santuario, lo confesamos con vergüenza, á la par que con santo orgullo: con vergüenza, porque es humillante tener que reconocer defectos en los que deben ser ángeles en la tierra, pregoneros de todas las virtudes, y representantes del Dios tres veces santo; y con noble orgullo, porque los escándalos del Clero son una prueba perentoria de la divinidad de la Religion, la cual se mantiene siempre pura, santa y verdadera aun á despecho de sus propios ministros.

Con todo eso, el espíritu de Dios, que jamás abandona á la Iglesia, hace que ella encuentre en sí misma, en las circunstancias mas críticas, un principio de vida que la remoja y le restituye su pristina lozania. La reforma del Clero debia partir naturalmente del Jefe del sacerdocio, del Vicario de Jesucristo que se halla establecido para apacentar á la vez corderos y ovejas, esto es pastores y fieles. Tal hizo Leon IX, esmerándose en reparar las brechas que la calamidad de los tiempos abriera en la disciplina eclesiástica: al intento no per-

donó viajes repetidos á Francia y Alemania á pesar de obstáculos y peligros; asambleas de concilios; reglamentos los mas sabios para extirpar malas usanzas; destituciones de ministros culpables de algun exceso, y hasta excomunion de los rehacios que osaban sublevarse contra los mandatos de la Iglesia. Hé aqui los esfuerzos de este gran Papa; y cuando él faltó, dióle Dios sucesores que marchasen por sus huellas, y desplegasen no menos energía para la reforma de las costumbres del Clero.

Secundó su celo maravillosamente un santo personaje suscitado *ex profeso* en aquellos tiempos de desórden para oponerse á los ya arraigados, siendo el que prestó tan importante servicio á la Iglesia el beato Pedro Damian, natural de Ravena en Italia. Huérfano desde edad temprana, cúpole depender de un hermano mayor, ya casado, el cual olvidando respecto á él los sentimientos de la naturaleza, tratábalo cual abyecto esclavo, sin querer darle la menor educacion, hasta destinarle á guardar puercos, luego que su edad lo permitió. El niño Pedro tenia sin embargo las mas felices disposiciones, y prueba del buen temple y nobleza de su espíritu es, que habiendo encontrado cierto dia una moneda, fué á llevarla al cura para que celebrara alguna misa en sufragio del alma de sus padres.

Dios, cuya providencia tenia puestas grandes miras en el inocente pastorcillo, lo sacó de su estado de servidumbre, proporcionándole medios de instruirse. Sus progresos fueron rápidos, y en breve pudo enseñar á los demás; pero aun como profesor descolló de tal modo, que el público se agolpaba á oírle, y llegó á ganar mucho dinero. El lauro y el lucro le exponian á peligrosas tentaciones; para no sucumbir á ellas adoptó los medios que una cristiana vigilancia aconseja: asiduidad en la oracion, privaciones, cilicios, y la mortificacion de la carne por medio de continuos ayunos y vigiliass. Si la tentacion le asaltaba por la noche, alzabase de contado, y sumergíase en el agua hasta que se hallaban transidos de frio sus miembros. Repartia muchas limosnas y daba mesa á los pobres, honrándose de servirles por su mano, porque la fe le hacia descubrir á nuestro Señor bajo sus harapos.

No contento aun con tantas precauciones, resolvió dejar el mundo, á cuyo efecto retrájose entre los ermitaños de Fuente-Avellana, que era un famoso eremitorio de la Umbria, al pié del Apenino. Estos ermitaños moraban emparejados en diferentes celdas, dedicando

la mayor parte del tiempo á la lectura y la oracion, manteniéndose de solo pan y agua los cuatro dias de la semana, y privándose del vino, á pesar de que era la bebida ordinaria del país, excepto el caso de enfermedad y para celebrar el santo sacrificio; y por último, iban descalzos y se disciplinaban con frecuencia. Pedro se sujetó á todas esas prácticas con el fervor mas asombroso.

En esto el Papa, echando de ver cuán útiles serian á la Iglesia las dotes de piedad y sabiduría reunidas por Dios en tan eminente sujeto, sacóle de su soledad para promoverle á las mayores dignidades, hasta hacerle cardenal y obispo de Ostia, en cuya calidad, inútil es ponderar el celo y santo arrojo con que el nuevo Prelado se consagró á detener la relajacion y consolidar las leyes de la Iglesia. La reforma de las comunidades eclesiásticas hecha en un concilio que Alejandro II tuvo en Roma el año 1062 fué obra de su celo: desde el siglo iv habíanse organizado unas comunidades eclesiásticas que nada tenían propio, viviendo reunidas dentro de las ciudades bajo la autoridad de su obispo, y practicando en cuanto sus tareas lo permitian la abnegacion, el retiro y la austeridad de los anacoretas: pero esta disciplina desapareció casi del todo, tras las invasiones de los bárbaros, y solo en tiempo de Pedro Damian fueron restablecidas en su perfeccion primera dando origen á las llamadas *canónicas regulares*.

Frutos opimos de sus trabajos pudo recoger el bienaventurado Pedro antes que le cogiera la muerte; siendo muchas las congregaciones de canónigos establecidas á consecuencia de la reforma. Con los hábitos del retiro reapareció entre los eclesiásticos la aficion al estudio y á la vida laboriosa; la virtud y las ciencias hallaron en ellas celosos propagadores, y los pueblos modelos y maestros<sup>1</sup>. Damian, viendo ya cumplida la gran mision que el cielo le confiara, volviése al desierto de Fuente-Avellana, y reinstalándose alegremente en su celda, encerróse allá como en voluntario calabozo. Expiador de los desarreglos que durante toda su vida habia procurado destruir, se cargó de cadenas, y laceró su cuerpo inocente con rígidas flagelaciones; sujetóse á ayunos extraordinarios llegando á pasar tres dias sin alimento al principio del Adviento y de la Cuaresma, privándose á veces durante ella de toda cosa cocida, y sustentándose solo

<sup>1</sup> Helyot, t. II, pág. 62 y 106.

de yerbas templadas en agua; su lecho era una estera tendida en el suelo, y su existencia un acerbo y prolongado martirio. ¡Ah! ¡no se necesitaba menos para contrapesar los excesos cometidos en el santuario! Siendo empero la carne flaca para resistir mucho tiempo tamañas maceraciones, el santo anciano tenia marcadas ciertas horas para darse á trabajos manuales, durante las cuales fabricaba laborcillas de palo; y por último, frisando en los ochenta y tres años, durmióse blandamente en los brazos de Dios, cuya causa defendió tanto tiempo y con tal ardor.

No obstante esas provechosas reformas, de temer era que el desorden y el escándalo, que tanto habian lastimado á la Iglesia, reaparecieran si se dejaba subsistente la causa primaria de su introduccion en el santuario y en los monasterios; este manantial funesto, del cual brotó casi por un siglo tal torrente de iniquidades, eran las *investiduras*. Vamos á dar idea de ellas: los emperadores, reyes, magnates y señores, particularmente en Alemania, habianse arrogado el derecho de nombrar sin intervencion del poder eclesiástico todas las dignidades sacerdotales que hubiese en sus dominios y en los de sus vasallos, á las cuales promovian las mas veces, no sujetos ejemplares, sino cortesanos que adulaban sus pasiones, ó pania-guados que secundaban sus miras en caso conveniente; y como solia haber necesidad de dinero, ya para el gasto de sus vanidades y despilfarros, ya para sostener guerras y contiendas, era muy frecuente poner los obispados y abadías en almoneda y cederlas al mejor postor. Para el caso, un comportamiento regular y eclesiástico era lo que menos se atendia.

¡Júzguese qué innumerables males acarrearía á la Iglesia semejante sistema! Siendo el dinero el alma de todo, el afan dominante era ganarlo, no parándose en los medios, y de aquí concusiones, vejaciones, codicia, dilapidacion de los bienes del pobre, y violencias odiosas contra el pueblo. Mas aun: la mala eleccion conducia á veces á conferir la dignidad episcopal á sujetos los mas indignos, como siervos y troneras, para que desde sus puestos no cuidaran de atajar los excesos de los grandes sus protectores, que precisamente los elegian por esto. Así, pues, los desórdenes del clero nacian principalmente de que el siglo se habia entrometido en el santuario, sembrando en él todos sus vicios y sus hábitos criminales; y la Iglesia, santa é incorruptible como siempre, podia decir al mundo con

plena verdad: *Si malos sacerdotes tengo, es porque tú los has hecho así.*

Esta especie de nombramientos de parte de los príncipes y señores láicos era una usurpacion notoria de los derechos eclesiásticos, pues la Iglesia desde su cuna habia atendido sabiamente á la eleccion de sus pontifices, previendo los funestos males que sucederian de dejar á los soberanos de la tierra la privativa de elegir obispos; y por esto en los cánones apostólicos se pronuncia la destitucion de aquellos prelados que obtuviesen su dignidad del poder secular sin participacion de la Iglesia<sup>1</sup>. Á ella en efecto pertenece esencialmente el derecho de nombrar sus ministros, y si bien llamó el auxilio del pueblo en sus elecciones, concediéndole hasta el derecho de emitir voto, mas fué por favor que por otra cosa, pues en último resultado los obispos eran quienes decidian, y el pueblo, asistiendo como testigo, mas bien designaba que nombraba.

Al impulso de sus pasiones los magnates temporales hollaron este divino precepto, de suerte que humanamente puede decirse tocaba la Iglesia á su término. Avasallada de un lado por el brazo secular, deshonrada de otro por sus ministros, conculcada hasta en sus constituciones fundamentales, su última hora iba á sonar, y la de la sociedad con ella; pero la inmortalidad es su patrimonio, y nunca mejor que entonces se vió la verdad de esta palabra: *¡Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella!* Un reformador faltaba: Dios lo suscitó en la persona del santo papa Gregorio VII.

Al poner en el mundo á este nuevo sustentáculo de la Iglesia desquiciada, el Señor hubo de decirle como á Jeremías: *Yo te he establecido para arrancar, destruir, edificar y plantar; yo te he fijado cual muro de bronce para oponerte á reyes y á príncipes que lidiarán contra tí, pero no lograrán prevalecer.* El niño revestido de tan imponente mision nació el año de 1046 en la pequeña ciudad de Saona en Toscana, recibiendo el nombre de Hildebrando. Su padre, buen carpintero que vivia del trabajo de sus manos, echando pronto de ver las felices disposiciones de su hijo, confióle al abad del convento de Nuestra Señora de San Aventino para que le instruyera en las artes liberales y desarrollarse su carácter. El jóven alumno, adornado con el lauro de sus brillantes progresos, pasó á Cluny á efectuar su pro-

<sup>1</sup> Can. 30.